

RUDYARD KIPLING

Rudyard Kipling, un escritor de raza

por Jorge Ferrer-Vidal*



Rudyard Kipling fotografiado en Simla, ciudad india en la que pasó algunos veranos junto a lo más florido de la colonia inglesa.

Rudyard Kipling fue un escritor precoz. Empezó a escribir muy joven y, además, el reconocimiento y la fama no tardaron en llegarle. Entre otras cosas, le cabe el honor de haber sido el primer escritor inglés en obtener el Premio Nobel de Literatura, en 1907. Pero, al margen de sus logros periodísticos y literarios, de sus viajes por todo el mundo y de lo curioso de haber nacido en la India, la vida de Kipling está exenta de episodios escandalosos o morbosos. Sus únicos excesos parecen haber sido la escritura, los continuos paseos por el mundo y su amor por los niños, con los que pasaba largos ratos jugando, y a los que obsequió con obras maravillosas.

Rudyard Kipling nace en Bombay, en 1865; hijo de John Lockwood Kipling y de Alice Macdonald, ambos interesados en el mundo intelectual, el padre como profesor de arte indostánico y la madre apasionada por la literatura, que cultivó durante toda su vida. John Lockwood llevaba residiendo en la India desde su infancia y, en consecuencia, puede ser considerado como un genuino anglo-indio, nueva clase social que aparece en el curso de la colonización del más extenso territorio del Imperio.

Infancia y juventud

Rudyard pasa su primera infancia en Bombay y a los 3 años marcha a Inglaterra en compañía de su madre, donde apenas llegados nace su hermana Alice, su querida e inseparable «Trix». Al cumplir «Trix» los 2 años, Alice Macdonald regresa a la India y los pequeños Kipling quedan bajo la custodia de un matrimonio de Southsea que ofrecía tal oportunidad a través de un anuncio en un periódico. El matrimonio, compuesto por los llamados «tío Harry» y «tía Rose», no debió de portarse con excesiva delicadeza con los dos hermanos, si nos atenemos a las páginas que casi al final de su vida escribe sobre ellos Kipling, en *Something of Myself* (*Algo acerca de mí*).

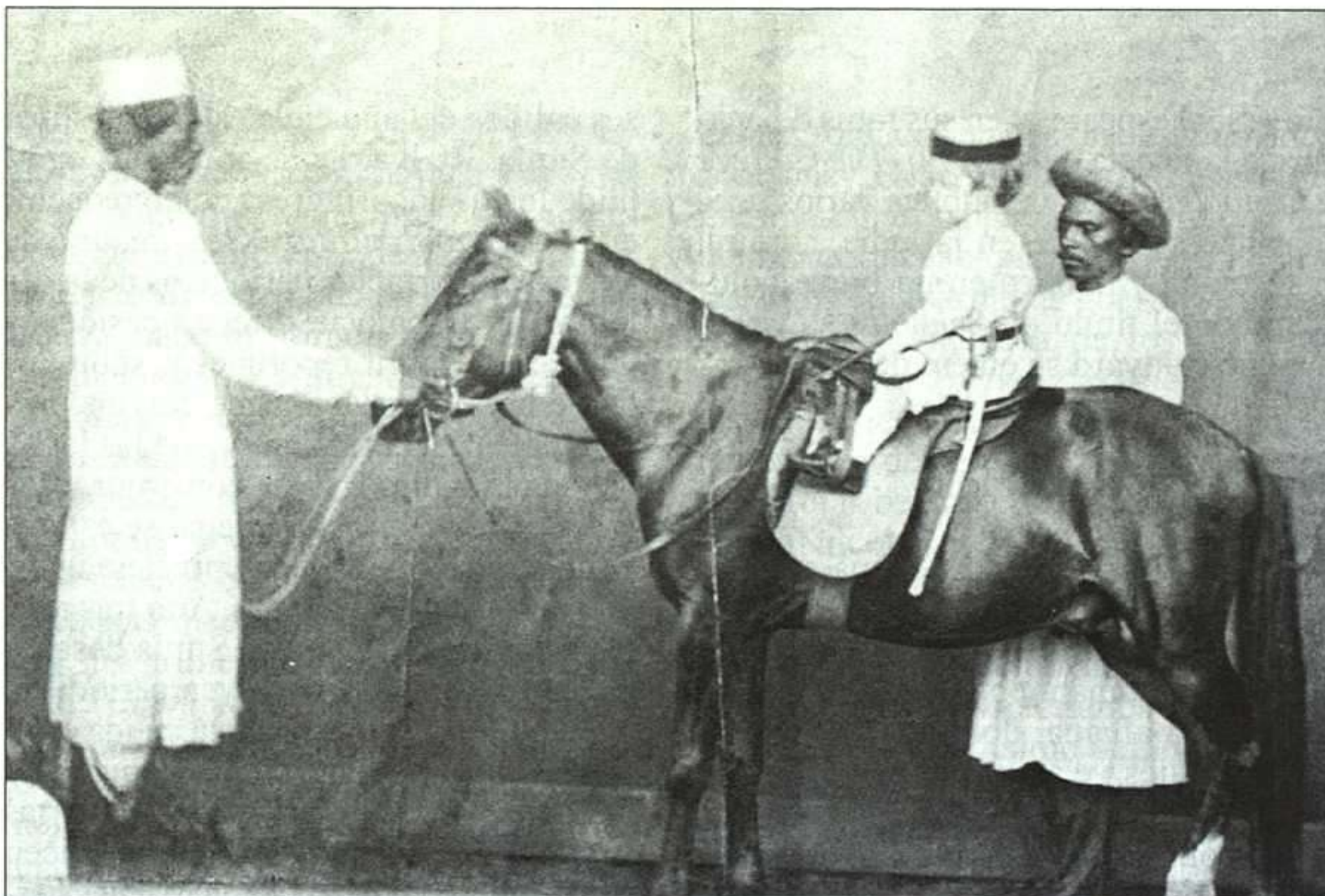
Rudyard Kipling fue, sin duda, un niño precoz. Aprende a leer y a escribir sin ayuda de nadie y a los 13 años deja a sus improvisados «tíos» para ingresar en el United Services College, Westward Ho!, cercano a las playas del condado de Devon. Sus aventuras de colegial se hallan narradas en una de las más famosas obras de nuestro autor, *Stalky & Co.*, que ve la luz poco tiempo más tarde que otro clásico de la literatura juvenil, el *Tom Sawyer*, de Mark Twain.

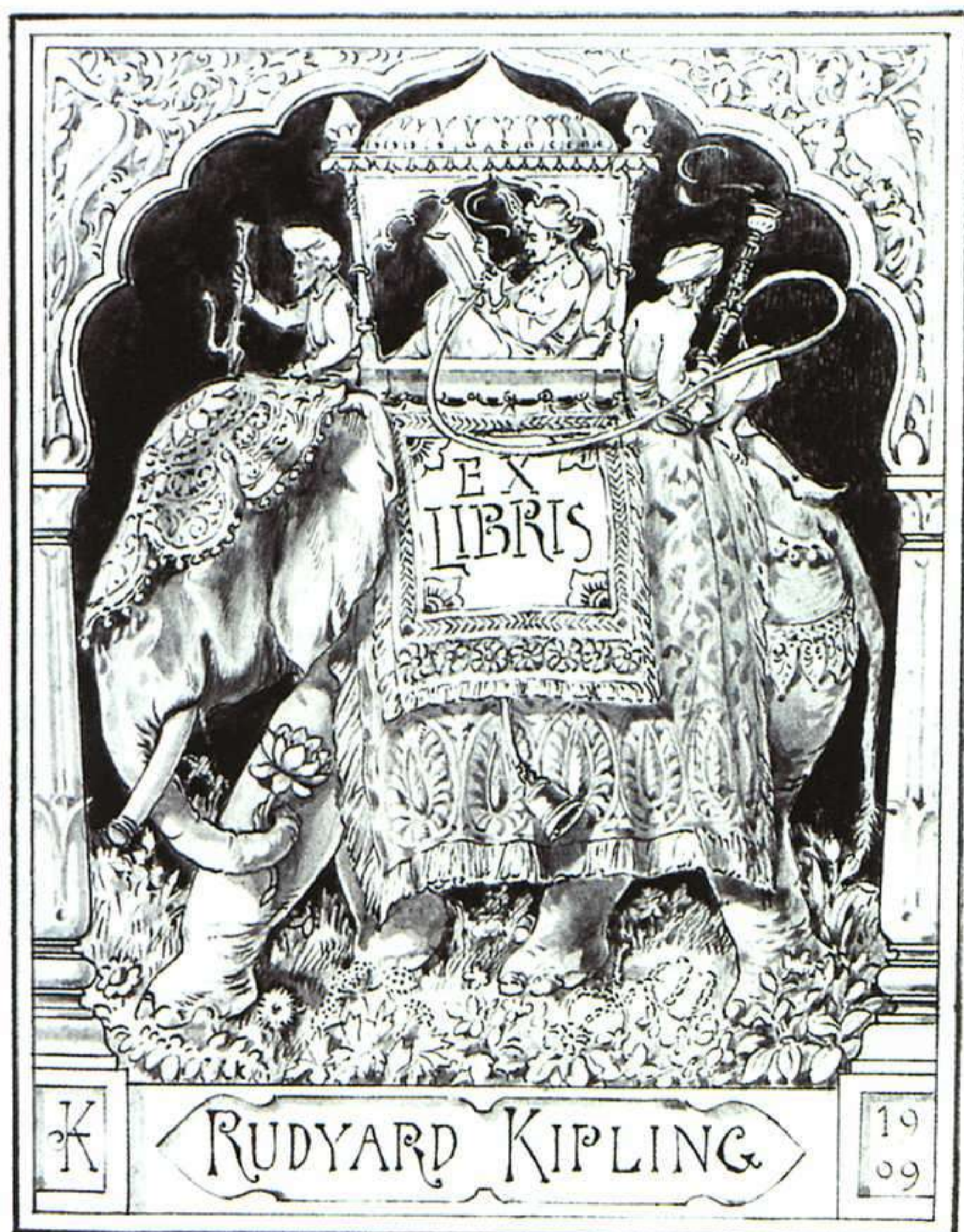
Como era de esperar, Kipling resulta ser un admirable estudiante. De escasa estatura, faz redonda y armado siempre con sus gafas de gruesos cristales, físicamente poco atractivo, hay algo en su personalidad que cautiva a alumnos y profesores. Kipling profundiza en el estudio de los grandes maestros de la literatura universal, preferentemente Hora-



John Lockwood Kipling y Alice Macdonald, padres del escritor. El padre era profesor de Escultura Arquitectónica en una escuela de arte y, con los años, llegaría a ilustrar alguno de los libros que escribió su famoso hijo.

El pequeño Rudyard montando a caballo, asistido por dos criados. Debía de tener apenas 3 años, y hablaba el indostánico casi mejor que el inglés.





Como ya hemos dicho, el padre de Kipling era un artista e hizo para su hijo este ex-libris con motivos indios. A la izquierda, foto de Rudyard a los 6 años, cuando vivía en Inglaterra, en lo que él bautizó como la «Casa de la Desolación», la de sus padres adoptivos.

cio y Shakespeare, y en sus ratos de ocio dirige la revista del colegio, *The College Chronicle*, en la que publica varios poemas que su madre, en la India, admira, colecciona y publica en un breve volumen con el título de *Schoolboy Lyrica*, sin que Rudyard se entere de ello.

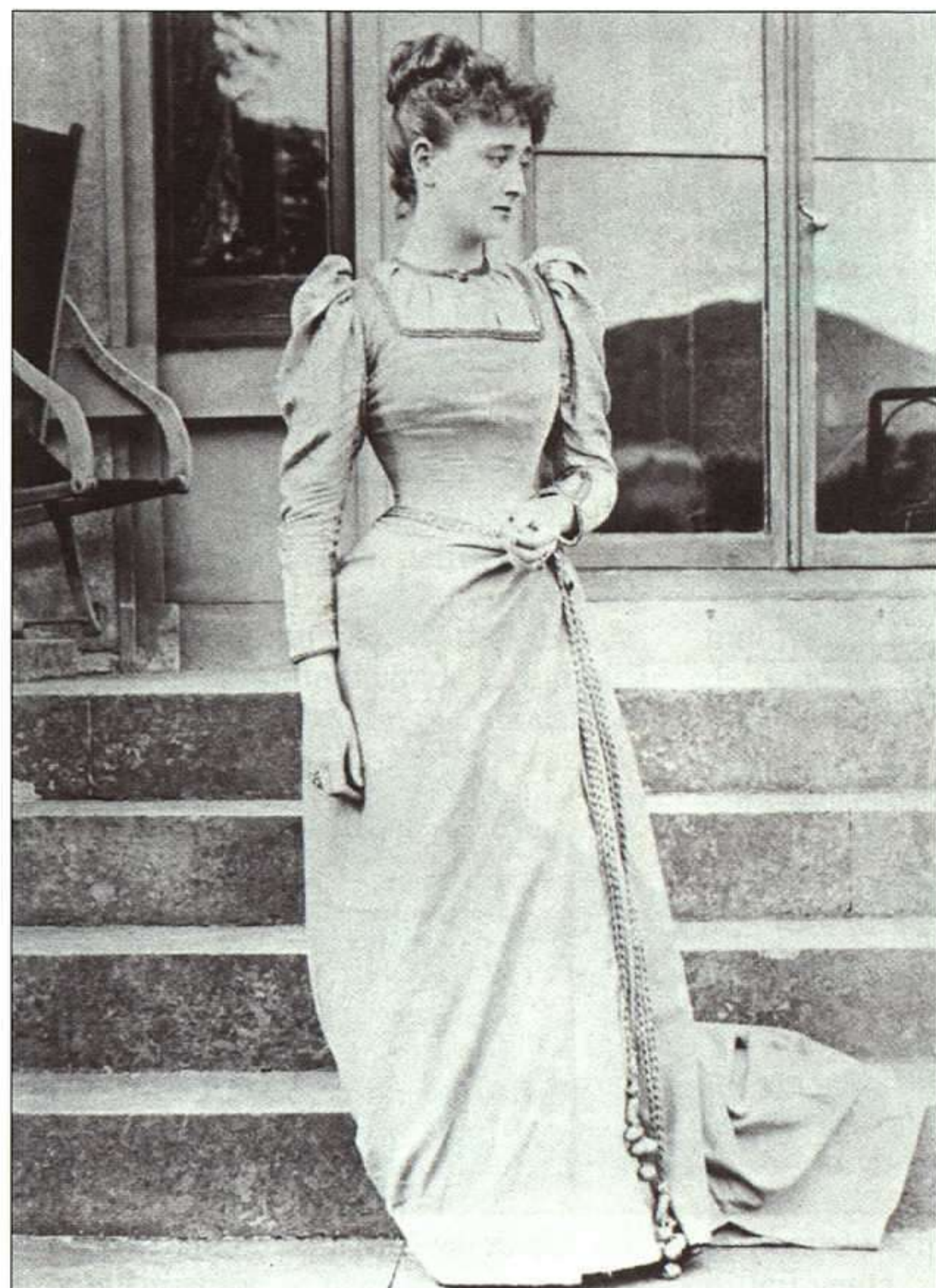
Periodista en la India

En 1882, concluida su etapa escolar, Kipling regresa a la India y se instala con sus padres y con «Trix» en Lahore, capital del romántico Punjab cercano a la frontera afgana, donde los regimientos bengalíes velan por la paz, desde la gran insurrección de 1856. Los Kipling viven cómodamente, gozan de la estima de la colonia anglo-india y pasan los me-

ses cálidos del año en la estación estival de Simla. Rudyard, que apenas ha cumplido los 17 años, ingresa como redactor en la *Civil and Military Gazette*, uno de los más importantes periódicos de la colonia. Tal trabajo le ofrece ocasión de viajar para cubrir reportajes y, sobre todo, le permite relacionarse con los profesionales del periodismo y de las letras de toda la India. Trabaja con ardor, a las órdenes de un director que no se esfuerza en comprenderle y que prefiere ignorar su excepcional talento. Año tras año, los deliciosos veranos en Simla desaparecen del horizonte del joven periodista, que se ve obligado a pasar la cálida estación de cinco meses en las llanuras de Lahore. Desde Simla recibe las cartas animosas de sus padres, quienes dicen que «Simla está llena de muchachas her-

mosas y de regimientos de matronas deportivas de todas las edades». Simla era reputada por más de un victoriano moji-gato como una ciudad mundana y pervertida, una especie de Capua de las Montañas, en la que abundaban seres excéntricos y aventureros, como nuestra Lola Montes, por ejemplo, que comenzó allí su carrera. El propio Kipling nos habla de un tal A.M. Jacobs y de su extrañísima profesión de «médico de perlas enfermas».

No obstante, en los primeros años de su segunda estancia en la India, Rudyard no tiene ocasión de visitar Simla con frecuencia. Sus escapadas desde Lahore son escasas y de breve duración. Los largos veranos en la capital resultan muy duros para el joven y abnegado periodista, que antepone su trabajo a cualquier



Alice, más conocida como «Trix», la hermana de Rudyard, tres años menor que él. A la izquierda, una foto del escritor cuando era alumno del United Services College, a los 17 años. Ya entonces aparentaba más edad de la que tenía.

otra cosa, incluida su persona, según el lema tradicional de los cuatro miembros de la familia Kipling:

«El juego es más importante que los que juegan; el barco es más importante que la tripulación...»

Primeras obras

Rudyard, además de atender sus obligaciones en el periódico, aprende cosas, vive entre las gentes más exóticas que puedan imaginarse y gracias a su fuerza de voluntad se adiestra en el baile, en montar a caballo, en hablar sin discutir, en fumar cigarrillos con buen estilo y en jugar a las cartas, lamentables pero im-

prescindibles ocupaciones para un anglo-indio que busca la noticia y la relación social que la facilita. Vive intensamente el ambiente de la Colonia y, producto de esa participación en lo colectivo, nace su primera obra, en 1886, *Departmental Ditties*, breve recopilación de poemas satíricos, en los que se ven retratados buena parte de las responsabilidades anglo-indias que el joven escritor había conocido durante sus breves estancias en Simla.

Apenas medio año más tarde, aparecen sus primeros *Plain Tales from the Hills* (*Cuentos de las colinas*), cuya segunda narración causa verdadero impacto y es aún considerada como una de las mejores obras escritas por Kipling. El relato trata sobre la picaresca de la vida cuartelera, interpretada por tres involi-

dables soldados profesionales, llamados Mulvaney, Ortheris y Learoyd. Es la primera vez que en la literatura inglesa, tan abundante en el elogio, la idealización y la estima del marino de guerra, se ensalza la labor abnegada de los soldados profesionales (*private soldiers*) como cooperadores en la formación y el mantenimiento del Imperio, no obstante su proverbial bellaquería, su excesiva afición al alcohol y su calidad de eficaces transmisores de enfermedades infecciosas. Para encontrar un precedente a esta famosa narración de Kipling, los atónitos lectores victorianos tenían que remontarse al bellísimo soliloquio shakesperiano de *La vida del rey Enrique V* (Acto IV, escena 1), en la que el propio monarca exalta la abnegación, la disciplina y el valor del soldado de a pie.



Foto de Wolcott Balestier, el editor norteamericano de Kipling, que moriría antes de ver casado al escritor con su hermana «Carrie». A la izquierda, una de las hijas de Kipling, Josephine.



Con Mrs. Hill y su marido, el profesor S.A. Hill, meteorólogo destinado por el gobierno británico a Allahabad, con quienes Kipling había entablado íntima amistad en sus frecuentes viajes por la India, nuestro escritor decide regresar a Inglaterra por el camino más largo. Junto al matrimonio Hill —con la excepcional Edmonia Hill, «Ted», tuvo Rudyard un profundo y duradero amor platónico—, zarpa de Calcuta hacia Burma, visita durante dos meses China y Japón y, al fin, llega a la costa del Pacífico de los Estados Unidos, donde Ted Hill, para no perder su compañía, intenta casarlo con su hermana Caroline.

Kipling arriba a los Estados Unidos con cierto prestigio de escritor. Sus *Tales from the Hills*, publicados en la India en edición completa aunque muy limitada con el título de *Indian Railways Tales*, llegan a los círculos intelectuales americanos. Rudyard permanece en América aproximadamente medio año, recorre

buena parte del inmenso país y entra en contacto con los medios periodísticos que acogen sus colaboraciones con artículos y cuentos. Pero Kipling hace muy poco para ganarse la simpatía de los americanos. Él mismo confiesa que le ponen enfermo los políticos y la política de los Estados Unidos y que la única diferencia que encuentra entre los demócratas y los republicanos es que los primeros «bebían más que los otros y que cuando estaban borrachos siempre se ponían a hablar de los impuestos, según unos, columna vertebral del país y, según otros, su único peligro de destrucción. Los demócratas siempre estaban afirmando algo con rotundidad para retractarse de ello y defender lo contrario con el único fin de contradecir a los republicanos, quienes, a su vez, no hacían más que contradecirse a sí mismos».

Es lógico que, a la vista de lo transcrito, Kipling no gozase del afecto del pueblo americano, que le considera

desde su llegada como un jovencuelo descarado que, según afirma un periodista de San Francisco que le entrevista, «era sólo un extranjero que hacía preguntas rarísimas».

Inglaterra le descubre como escritor

A su llegada a Londres, en octubre de 1889, Rudyard se instala en un pequeño piso de Embankment Chambers y toma contacto con los escritores más importantes de Inglaterra. Kipling es recibido, en principio, con cierta reticencia. Hasta entonces, las colonias del Imperio habían dado buenos generales, excelentes gobernantes y administradores, pero el hecho de que la India hubiese producido un escritor de la talla que se le atribuía, desconcertaba al tradicionalismo literario inglés.

En más de una ocasión, Rudyard se

encuentra aislado y se ve inducido por las adversas circunstancias a aplicarse sobre su propia piel una de las estrofas contenidas en su *Departmental Ditties*:

«Prefiero estar sin camisa y descalzo horro de amigos, de tabaco y pan, antes de perder un solo instante el don mental de separar problemas.»

A pesar de todas las incomprensiones, sigue escribiendo con verdadero entusiasmo. Por fin, es acogido en el seno del famoso Savile Club, patrocinado por los grandes de la época, Lang, Walter Besant, Rider Haggard, James Bryce. No obstante, su añoranza de la India es cada vez más intensa. En cierta ocasión, en el Oriental Banking Co., se cruza en la puerta con un viejo amigo anglo-indio que había servido en un regimiento de caballería en Bombay. Este pequeño detalle, que carece de la menor importancia, es magnificado y narrado entusiastamente por Kipling en una carta a Mrs. Hill.

Poco a poco, Rudyard conoce a Sidney Colvin, a Pollock, a George Meredith, y los encuentra a todos afectados, pedantes e intratables.

La soledad de Rudyard va en aumento y la situación se hace casi desesperada para el joven anglo-indio, hasta que, el día 25 de marzo de 1889, *The Times* publica en primera página un largo editorial dedicado a su persona y a su obra: «Mr. Kipling posee el extraordinario mérito de hacer un nuevo tipo de literatura, lleno de frescura y de originalidad. Es todavía un hombre joven que ha publicado ya siete u ocho volúmenes; de hecho, creemos que aún no ha cumplido los veinticinco años.»

El extenso artículo analiza, de modo detallado, sus famosos *Cuentos de las colinas*, en los que describe de manera preferente la vida exótica de la estación estival de Simla y se le compara con Maupassant por su agudeza literaria al trazar personajes y al urdir sorprendentes acciones novelescas.

No se sabe quién fue el autor del artículo que abrió a Kipling las puertas del mundo literario inglés y despertó interés profundo por su obra entre el público lector. Se cree que debió de ser obra de algún miembro del Savile Club,

pero aún no ha sido posible determinar de quién.

El artículo de *The Times* llama la atención del gran William Ernest Henley, el poeta máspreciado de las letras inglesas de su tiempo, que acababa de crear una revista, *Scots Observer*, en la que, junto a él, colaboraban Oscar Wilde, Bernard Shaw, Yeats, Barrie, Wells y Conrad. El paralítico Henley incorpora a Kipling en su excepcional nómina de colaboradores y publica en su revista sus *Barrack-Room Ballads*, que obtienen un éxito sin precedentes. La fama de Kipling queda ya establecida sobre bases firmes. Se multiplican en Inglaterra las ediciones de su obra y en América comienza a aparecer una serie ininterrumpida de ediciones piratas que comprenden toda la obra del escritor, incluidos los últimos relatos que siguieron a *Las baladas del cuartel*: «Cabeza de Distrito», «Dinah Shadd», «El hombre que fue», «Greenhow Green», «La señal de la bestia», «Sin el beneplácito de la clerecía», «Al final del corredor». Todas estas obras, reunidas en uno o más volúmenes, son pirateadas por editores americanos de prestigio, entre ellos por Harper & Co., que escasos años antes había rechazado la obra de Kipling por considerarla de difícil venta.

A esta serie de narraciones cortas sigue, en 1891, *The light that failed*, novela larga, con numerosas connotaciones autobiográficas y, sin duda, la más discutida entre todas las obras de Kipling. Publicada en folletón en los Estados Unidos, obtuvo un éxito apoteósico, que se convirtió en desafortunada crítica al aparecer en forma de libro y con su final feliz transformado en tragedia «tal y como lo había concebido su autor», según palabras del propio Kipling. La obra, dedicada a su madre, quizás albergue un resentimiento de raíz infantil por haber sido abandonado, con su hermana, en manos de la insoportable «tía Rose», en Southsea.

Matrimonio y plenitud profesional

Tras la mala acogida de *The light that failed*, Kipling traba estrecha amistad con el agente literario americano Wol-

colección **edu.com**

“Guías que ofrecen claves y consejos prácticos que responden a las inquietudes que genera la sociedad actual”



10 euros
1.664 ptas.

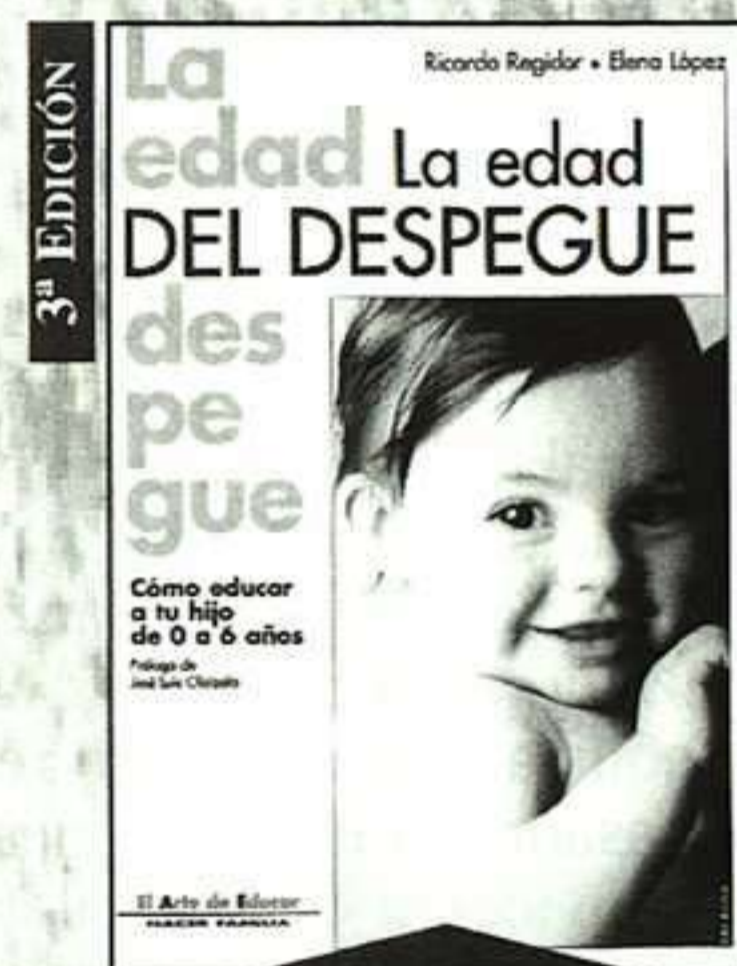
Una nueva dimensión de la personalidad humana

AMPARO CATRET

colección **El Arte de Educar**
HACER FAMILIA

Con un estilo directo y gran abundancia de consejos prácticos, la colección **El Arte de Educar** ofrece múltiples claves para favorecer el correcto desarrollo de los hijos

CÓMO EDUCAR A TU HIJO DE 0 A 6 AÑOS



RICARDO REGIDOR Y ELENA LÓPEZ



10 euros
1.664 ptas. ejemplar

CÓMO EDUCAR A TU HIJO DE 7 A 12 AÑOS

Ediciones Palabra, S.A.

Pº. de la Castellana, 210. 28046 MADRID.
91350 77 39 y 91350 77 20 - Fax: 91359 02 30
e-mail: comercial@edicionespalabra.es
www.edicionespalabra.es

RUDYARD KIPLING

cott Balestier, con cuya colaboración escribe su siguiente libro, *The Naulahka*. Esta amistad da lugar a que Rudyard conozca íntimamente a la familia de Balestier, en especial, a su hermana, «Carrie». Antes de concluir esta obra, aconsejado por amigos y médicos, Kipling emprende un largo viaje alrededor del mundo y se dirige, siempre por mar, a África del Sur, a Tasmania y Australia, a Nueva Zelanda, para concluir su periplo en Lahore, donde se encuentran sus padres. Allí recibe la noticia de la muerte de su amigo Wolcott y decide regresar a Londres.

El 18 de enero de 1892, Kipling contrae matrimonio con «Carrie» Balestier. Quizá por su timidez de hombre poco agraciado o por el amargo sabor de su experiencia infantil con «tía Rose», lo cierto es que Rudyard no pareció nunca muy partidario de la santa institución matrimonial. En boca de sus inolvidables personajes de *The Three Musketeers*, los ya citados Mulvaney, Ortheris y Leadroy, se repiten, en más de una ocasión, las palabras de Parolles en la comedia de Shakespeare «A buen fin no hay mal principio»: *A young man married is a young man marred* (Acto II, escena 3), equivalente a nuestro refrán: «Hombre casado, mulo estropeado». Con tanta convicción exponen los tres soldados profesionales tal axioma, que hace pensar que también su padre literario compartía sus puntos de vista acerca de este delicado tema.

Sea como fuere, Kipling se casa a los 27 años, en plenitud de su fama y de su talento creativo, y se traslada a Vermont, Estados Unidos, donde se instala durante cuatro años en una casa campestre que llaman «The Naulahka», en memoria de su difunto cuñado y coautor.

El matrimonio parece sentar bien a Rudyard. Viaja con su mujer por el Japón, las Bermudas, Canadá, y trabaja intensamente en su obra literaria. En el cuatrienio 1892-1896, Kipling publica *El libro de la selva*, *El segundo libro de la selva*, *Los siete mares* y *Capitanes intrépidos*, lo cual parece confirmar la regla: por una vez la institución matrimonial no echó a perder a un hombre.

Pero Rudyard sigue sintiéndose en los Estados Unidos fuera de su lugar. Es cierto que muestra gran afecto hacia

«The Naulahka», que trabó muy sinceras amistades y que llega hasta a compartir opiniones con el presidente Theodore Roosevelt, aunque no ocurre lo mismo con su sucesor Stephen Cleve-

land, anti-británico y crítico del imperialismo victoriano.

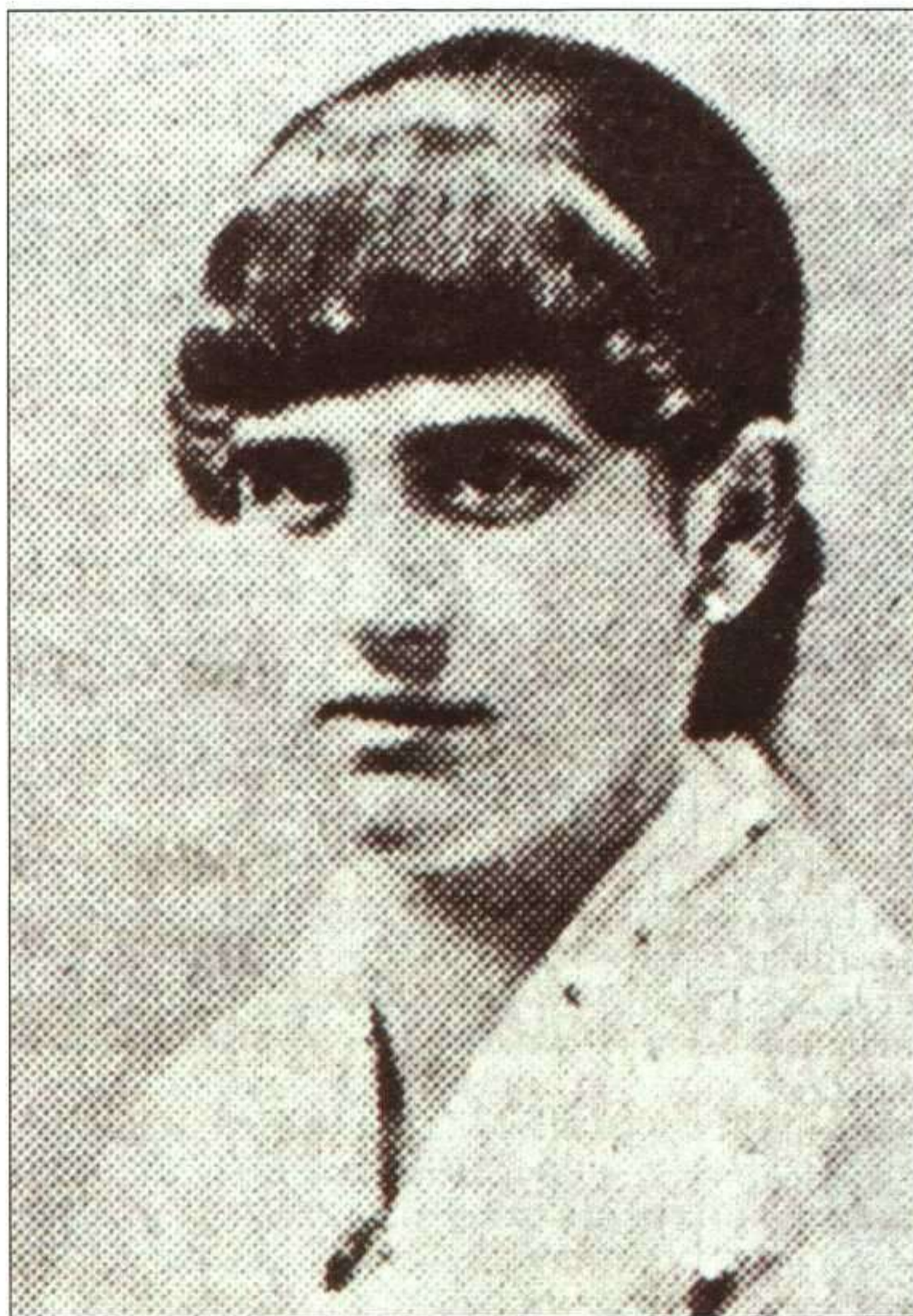
Kipling decide, sencillamente, volver a casa. Inglaterra le acoge con clamor nacional. Son los años en los que Ki-



Uno de los hoteles de Simla (India), donde se alojaba la familia Kipling durante los veranos. Abajo, vista de la ciudad, cuya agitada vida social Kipling describió tan bien.

pling se encuentra en el pináculo de su gloria. Se instala en Torquay (Devon), para trasladarse más tarde a Rottingdean, donde muere su hija Josephine, a los 6 años de edad. Son tiempos difíciles para el matrimonio Kipling, pero la entereza de «Carrie» sostiene al escritor, que publica el mismo año del fallecimiento de la niña su archifamoso *Stalky & Co.* Entre 1901 y 1908, Kipling cubre periodísticamente los graves acontecimientos de África del Sur que siguen a la guerra de los *boers*. Viaja a Sudáfrica en los meses de enero y regresa a Inglaterra cuando los benditos colores de la primavera comienzan a engalanar sus Downs. *The Times*, *The Daily Mail* y *The Daily Telegraph* recogen sus crónicas, sus opiniones sobre el conflicto y, sobre todo, sus poemas, que exaltan la necesidad ineludible de conseguir una paz en el territorio sudafricano, garantizada por la enseña del Imperio.

En 1908, Kipling tiene la satisfacción de ver editada su mejor novela, *Kim*, que obtiene un éxito clamoroso y que es aún hoy considerada como la obra más completa e interesante escrita sobre la India, junto a *Passage to India*, de E.M. Forster.



Caroline Balestier, la esposa de Kipling, a la que todos llamaban «Carrie». En ella, el escritor encontró la firmeza de un ancla, justo lo que necesitaba su vida de trotamundo.

El matrimonio Hill, junto al que Kipling emprendió viaje de Calcuta a Inglaterra, pero pasando por China, Japón y Estados Unidos. La señora Hill fue el amor platónico del escritor.

El escritor del Imperio

Por fin, en 1902, Kipling recalca en su amado Sussex, en su Batesman's, que en la actualidad alberga el interesantísimo museo sobre la vida y la obra del escritor. En Batesman's escribe sus últimos libros, *Viajes y descubrimientos*, *Actos y reacciones*, *Cartas de viaje*, *Cuentos de tierra y mar*, *Un servidor llamado perro*, *Algo acerca de mí...* y *Puck en la colina de Pook*.

La vida de Kipling no se hace sedentaria en las puertas de su vejez. Sigue siendo el viajero vocacional de siempre. En 1907, marcha a Estocolmo, a recoger su premio Nobel de Literatura; poco después visita Canadá; más tarde, se traslada a Egipto y a otro país que le intrigó siempre por su magnetismo y su policromía: Brasil; en 1930, lo encontramos en las Indias Orientales.

El día 18 de enero de 1936, a los 70 años de edad, Rudyard Kipling, el escritor que ha acompañado y ha hecho soñar



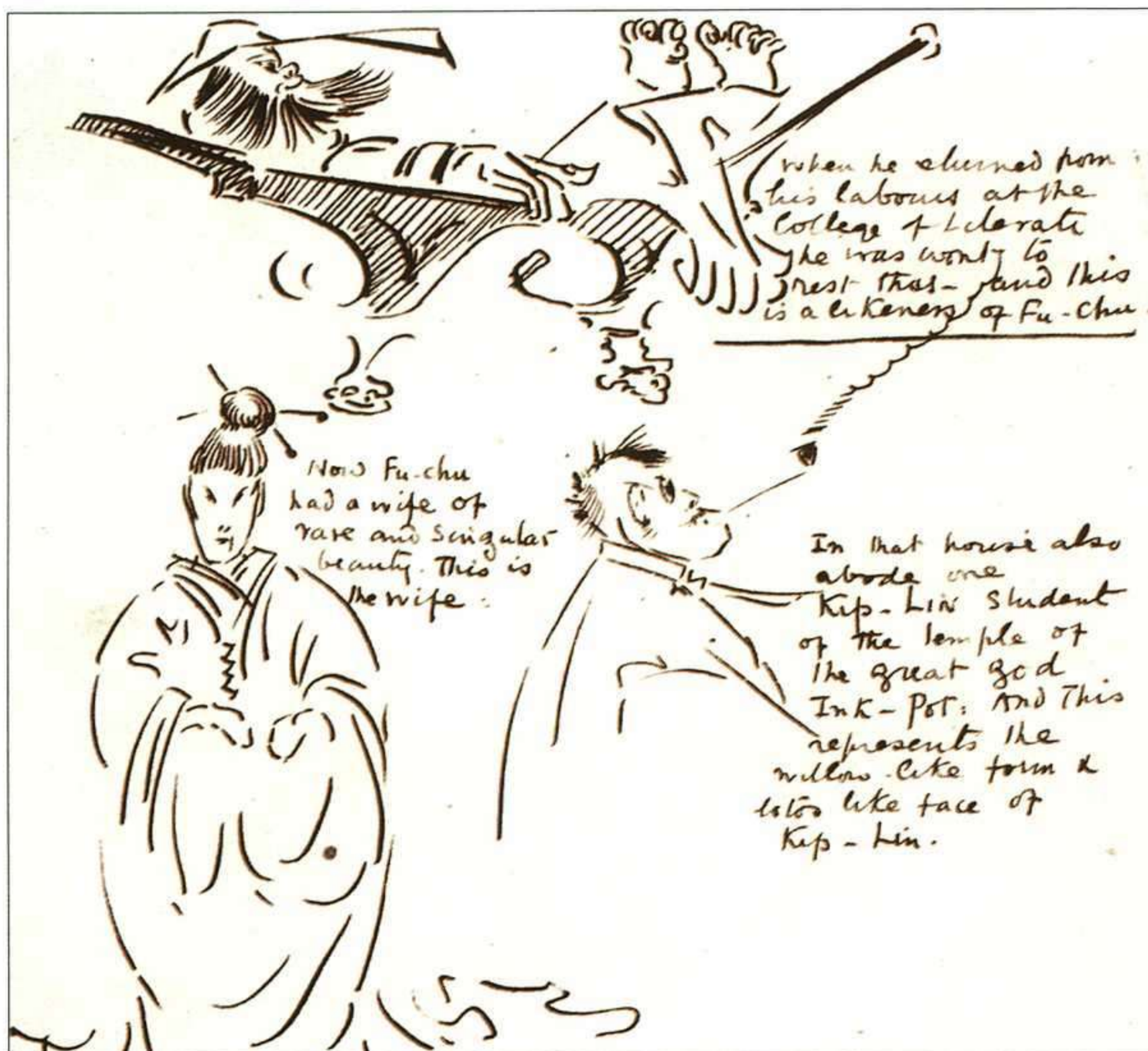
a tantos jóvenes, muere a causa de una lucha desigual. Precisamente, el día de su fallecimiento los periódicos daban noticia de la gravísima enfermedad que aquejaba al que fue su buen amigo y admirador, el rey Jorge V. Y antes de que las exequias del escritor fuesen cumplimentadas, falleció el monarca. Ambos fueron enterrados en el mismo lugar, Westminster Abbey, el buen rey en el Panteón Real y Rudyard Kipling en el llamado *Rincón de los poetas*.

La muerte unió en la historia a dos ejemplares humanos que marcaron los epígonos del imperialismo británico: Rudyard Kipling y el rey Jorge V, penúltimo emperador de la India, si salvamos el turno de su hijo Eduardo, que prefirió el amor al trono del Imperio.

Es, sin embargo, una realidad que el gran hallazgo socio-político de la Commonwealth siguió vigente tras la pérdida de títulos imperiales, al concluir la Segunda Guerra Mundial. La comunidad de pueblos de habla y cultura inglesa se mantiene, aun hoy, unida por el vínculo común de la Corona, fenómeno político e histórico no lo suficientemente ponderado y que sólo puede producirse en un país en el que la monarquía gozó y goza de un prestigio y de un respeto compartido en idéntica medida por la metrópoli y los antiguos dominios.

Kipling es el escritor de ese Imperio, aun cuando lo verdaderamente importante en su caso venga determinado, antes que por tal calidad, por el hecho indiscutible de ser un gran escritor. Su devoción imperialista no desvirtúa su talento, sino, más bien, lo acentúa y lo ensalza. Hay quien afirma que su conservadurismo de escuela y su fe ciega en los destinos del Imperio condicionaron, en mayor o menor grado, la concepción y el tratamiento literario de su obra. Según su contemporáneo Francis Adams, es fácil ver en la obra kipliniana rastros de un providencialismo que resulta inaceptable y que hace pensar «si la bondad de Dios en relación con los ingleses y los indios y negros no consiste en la habilidad con la que dota a los primeros para hacer la vida imposible a los segundos».

Richard Le Galliene, director del *Star*, por el contrario, le critica desde otro punto de vista y le reprocha el presunto



Dibujos (arriba) del propio Rudyard Kipling, en los que aparece el matrimonio Hill, sus compañeros de viaje. Abajo, más dibujos del escritor hechos en Jamaica para unos niños.



El bebé más grande del mundo Carmela Mayor

Álbum ilustrado a todo color sobre el nacimiento de una ballena. Cuento y apartado de conocimientos lleno de magia



El bebé más dulce del mundo Montse Gisbert

Álbum donde Montse Gisbert nos descubre la vida de las abejas i nos enseña mil cosas sobre la fabricación de la miel.

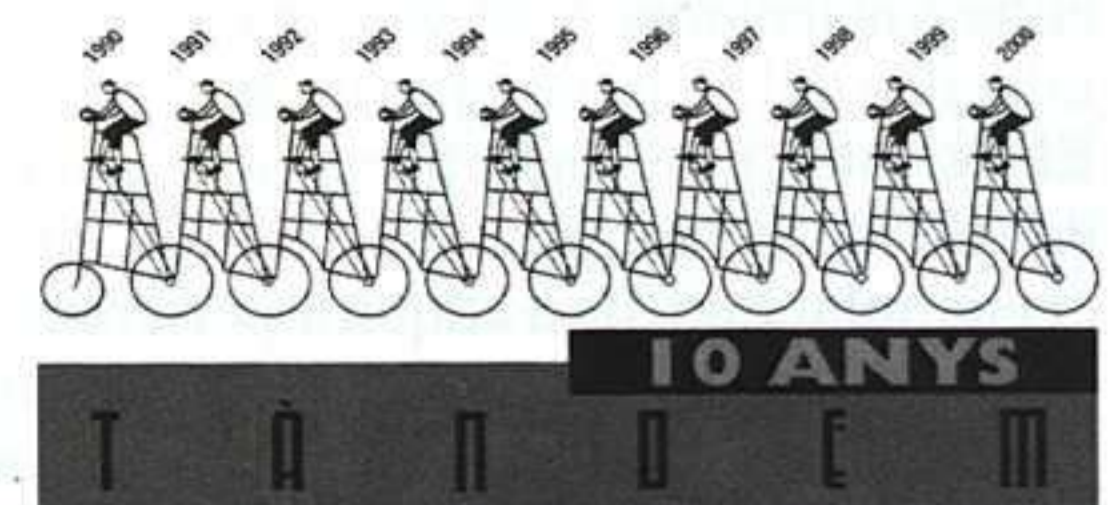
Galardonado con tres Premios

¡NOVEDAD!



El siglo más nuevo del mundo Teresa Duran - Montse Gisbert

Con este texto, la autora, Teresa Duran, con su sentido del humor y su sabiduría, explica a los lectores el nacimiento del nuevo siglo. Las ilustraciones són una explosión de luz y sugerencias. Un álbum extraordinario.



Distribuidor : Enlace 93 50 51 083

empeño de encubrir sus sentimientos hacia los nativos de las colonias «de modo que el lector inglés adicto a la lectura de Kipling acaba amando la violencia. Como escritor es auténticamente prodigioso, pero su influencia moral es peligrosa».

Otros le descalifican por razones aún más pueriles y gratuitas, como puede ser su apego a la tradición y al conservadurismo, tema sobre el que habría mucho que discutir, puesto que en toda la obra de Kipling existe un anhelo de sano reformismo a todas luces progresista, fácil de detectar en sus libros cuartelarios y en los que la acción discurre en los bajos ambientes «cockneys». Quizá quien —al menos, por una vez— acertase en describir la realidad del fenómeno literario que se dio en Kipling fue H.G. Wells, cuando publicó las siguientes palabras: «La ideología que prevaleció durante mis años escolares no fue el socialismo, sino el *kiplinismo*. Resulta ahora difícil volver a revivir aquellos tiempos, y desde entonces Kipling ha sido una y mil veces ridiculizado sin piedad, fustigado hasta el intento de descubrir su obra. Reconozcamos que alguna —o mucha— calidad debe de encerrar la obra de un escritor que pasa con tanta rapidez de la máxima exaltación al más vil de los desprecios».

Al margen de todas estas respetables opiniones, la verdad es que, a los sesenta y cinco años de su muerte, la obra de Kipling sigue viva, sus ediciones se agotan y sus lectores, jóvenes y adultos, leen y se deleitan con sus páginas.

Kipling defendió siempre los valores de una sociedad «tradicional», de los que comenzó a dudarse tras la Segunda Guerra Mundial y que permanecen hasta hoy en baja: la fe y la confianza en Dios; la familia como núcleo esencial de convivencia y realización humana; la patria como suma de pueblos que hablan un mismo idioma; la historia que nos une con lazos de inquebrantable solidaridad con quienes la hicieron y nos obligan a caminar hombro con hombro con aquellos con los que la estamos aún haciendo. Posiblemente, es Kipling suma y compendio de las hoy desacreditadas —y quizá con razón— virtudes burguesas, frente a una sociedad tan crítica como incapaz de sustituirlas por otras ya no mejores sino, en puridad, por «otras».

Indudable artista de la palabra

Pero tales acusaciones, en el caso de un gran escritor como fue sin duda Kipling, son pura anécdota. Si con ánimo limpio de prejuicios el lector de hoy se introduce en la obra kipliniana, quedará absolutamente maravillado —si tiene la honradez de ser sincero—, por un impar artista de la palabra, un extraordinario creador de mundos fabulosos y de tipos humanos inolvidables, un escritor de raza capaz de transmitirnos con su poderosa imaginación nuevas y enriquecedoras experiencias de singular belleza.

Como hace constar William Somerset Maugham —mediocre novelista, excelente cuentista y buen crítico—, la razón que determinó la aparición de los muchos detractores que tuvo y sigue teniendo Rudyard Kipling, dada la condición del hombre, es clara como la luz del día. Siempre ha habido y habrá honestos y esforzados escritores que, tras largos años de trabajo, logran apenas un modesto lugar en la historia de la literatura. Para esta clase de artistas resulta casi ofensivo que de pronto, como surgidos de la nada, aparezcan en el horizonte literario hombres como Kipling, desprovistos de gracia personal, que con poco esfuerzo aparente obtienen un clamoroso éxito. Es lógico que el mundo de la literatura inglesa profetizase a Kipling (como en su día lo hizo con Dickens), tras su ascenso meteórico, una caída de tal dureza que reduciría a polvo su efímera y pasajera gloria.

También gran poeta

Confieso que hasta hace escasos años no he sido un entusiasta de la poesía de Kipling. Un día, paseaba por la londinense Oxford St., penetré en la librería Foyles y solicité una antología de sus poemas. Lleno de sorpresa tomé el libro que me entregaba la atenta y culta dependienta y leí su título: *A choice of Kipling's verse made by T.S. Elliot, with an essay on Rudyard Kipling —Versos de Rudyard Kipling, escogidos por T.S. Elliot, con un ensayo sobre Rudyard Kipling—* (Faber & Faber). Había creído, en mi radical y acostumbrada ignorancia, en el mito de que Kipling era ya poeta pasado a la his-

RUDYARD KIPLING



El señor y la señora Kipling en la boda de su hija Elsie con el capitán G. Bambridge, en St. Margaret's Westminster, el 22 de octubre de 1924. Atrás habían quedado los terribles años de la Primera Guerra Mundial, en la que el escritor perdió a su hijo John.

toria y que no despertaba interés alguno entre los lectores. Y al volver las páginas iniciales del volumen pude observar que Elliot había publicado la primera edición de su antología kipliniana en 1951 y que el ejemplar que iba a adquirir pertenecía a la undécima edición, impresa en mayo de 1968. Kipling era, por lo tanto, un poeta vivo, leído, estudiado y antologado por uno de los tres grandes poetas ingleses del pasado siglo.

Kipling ha sido acusado con asiduidad de ser poeta fácil que busca entretener y lograr popularidad y, en efecto, su gran virtud —y a la vez problema para sus detractores— es que entretiene y alcanza la popularidad que se propone. También H.G. Wells —¿cómo no?— le tacha de poeta «imperialista» con su peculiar falta de rigor crítico. Como hace notar el propio Elliot, Kipling no fue jamás un doctrinario ni un hombre sujeto a un

programa político, mientras Wells sí lo estuvo y padeció por ello el tremendo problema que asalta a todo creador literario comprometido. Las ideas de un hombre pueden y suelen variar a lo largo del tiempo, pero, en general, los programas políticos permanecen en su esencia inamovibles.

Para mí, al margen de consideraciones políticas, que no vienen al caso por carecer de fundamento en el pensamiento kipliniano, la dificultad que la poesía de nuestro autor puede originar frente a lectores no anglosajones consiste en que, aparentemente, se muestra en ella *demasiado inglés*, espejismo en el que ha caído más de un comentarista y que queda invalidado por la universalidad de sus contenidos poéticos, tales como ofrecer testimonio de la temporalidad humana, dotar a nuestra existencia de un sentido histórico de continuidad o, si se prefiere, mostrarnos la sorprendente cercanía con todo lo que consideramos pasado.

En *Puck de la colina Pook*, Kipling da buena muestra de su extraordinario sentido poético de evocación de tiempos y escenarios perdidos para nosotros en la oscuridad de los tiempos pretéritos, de los que, sin embargo participamos por comunión íntima con generaciones y gentes que, como cualquiera de nuestros antepasados, trabajaron en las diversas artes humanas y con los que nos une un sentimiento de universal contemporaneidad.

Kipling, tras haber acotado un espacio e introducido en él a Inglaterra, delimita para nosotros un ámbito temporal, cuyo presente es resultado de un totalitario pasado en retención. Quizá, para comprender lo expuesto con mayor precisión, habría que relacionar los relatos históricos que nos cuenta *Puck* con aquellos otros cuya acción se desarrolla en nuestros días y que transcurren también en Sussex, en especial, con esa breve joya de la narrativa inglesa que es el cuento titulado *They*. ■

***Jorge Ferrer-Vidal** es escritor, poeta y traductor.

Nota
Este artículo se publicó como Apéndice en *Puck de la colina de Pook* (Anaya, 1987).